

**200 AÑOS DE LA
INDEPENDENCIA ARGENTINA
CONGRESO DE LA NACIÓN**

Rabinovich, Alejandro Martín

200 años de la Independencia Argentina : Congreso de la Nación / Alejandro Martín Rabinovich ; Máximo Hernán Mena ; Alejandro Hernán Morea. - 1 a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Honorable Senado de la Nación, 2017.

160 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-9660-87-8

1. Ensayo Literario. 2. Historia Argentina. I. Mena, Máximo Hernán II. Morea, Alejandro Hernán III. Título
CDD 982

Una Independencia, dos caminos
La disputa por la estrategia militar de la Revolución

Autor:

RABINOVICH, Alejandro Martín

Doctor en Historia y Civilización por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Paris. Se desempeña como investigador del CONICET y profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de La Pampa. Es autor de los libros *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013) y de *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*, (Sudamericana, 2013). Especialista en el estudio del fenómeno de la guerra en procesos revolucionarios y de formación estatal, ha recibido el premio de Historia Militar de Francia en 2010.

Si interrogamos a un argentino respecto de la independencia de su país, lo más probable es que responda con tres imágenes complementarias, inculcadas por años de educación escolar. Por un lado, los diputados de las provincias, declarando la independencia en la casa histórica de Tucumán. Por otro, tanto o más presente que lo anterior, José de San Martín cruzando los Andes con el ejército para dar inicio a la campaña continental. Por último, Manuel Belgrano, como un ángel tutelar del Congreso, haciendo flamear la bandera celeste y blanca. Que estas tres figuras hayan quedado ligadas en nuestra memoria histórica está justificado. San Martín y Belgrano fueron dos de los principales propulsores de la instalación de un gobierno central, independiente y fuerte. Sin un gobierno de este tipo, era imposible contar con los recursos necesarios para llevar la guerra a la ofensiva. Sin la declaración formal de independencia, toda campaña en suelo extranjero quedaba fuera del derecho de gentes.

Sin embargo, la ligazón inmediata de estas tres imágenes oculta una parte sustantiva de la trama político-militar de la independencia. A saber, ante todo, que la estrategia militar del grupo sanmartiniano no fue adoptada fácilmente, sino que encontró oposición y que requirió de una intensa operación política, por parte de sus promotores, para ser finalmente aprobada. Que existía, además, un plan militar alternativo al de los Andes, defendido por un grupo articulado en torno de intereses distintos a los representados por

San Martín. Por último, que una vez adoptado el plan continental, el mismo sufrió en su ejecución una serie de contrastes muy graves, los que, lejos de la visión triunfalista con que se suele recordar a la campaña libertadora, explican la ruina política de sus principales protagonistas y, en cierta medida, la del mismo Congreso que había declarado la independencia.

En los últimos años, los mejores avances de la historiografía se han concentrado en rescatar aquellos tópicos que habían sido dejados de lado por la interpretación tradicional de la Independencia. Entre ellos, la participación de los sectores populares, las divergencias regionales o el curso tomado por los Pueblos Libres bajo el liderazgo de José Artigas, por nombrar sólo los aportes más significativos. Sobre la base de este panorama ampliado, el presente ensayo pretende profundizar la renovación historiográfica en curso, volviendo ahora sobre los tópicos tradicionales de la independencia argentina para revisarlos a fondo y proponer, si se quiere, el “reverso” de la interpretación heredada de los mismos. Para esto, nuestro trabajo procederá en cuatro partes.

En primer lugar, se analizarán muy brevemente los fundamentos historiográficos sobre los que se asienta la visión aceptada de la independencia y su proyección militar a través de los Andes. Luego, se identificará el plan militar alternativo y a sus defensores, con lo que demostraremos que existía una

oposición viable al proyecto sanmartiniano, por más sorprendente que nos resulte la identidad de su principal promotor. En tercera instancia, haremos foco en la coyuntura de 1816, para ver en detalle la manera en que el plan continental se impuso sobre la idea de una nueva campaña altoperuana. Por último, se reconstruirá la secuencia en que se desarrollaron realmente las acciones militares de la campaña libertadora, afirmando que se trató más de una huida hacia adelante que de una marcha arrolladora, con el consecuente desgaste político del grupo que la comandó.

Belgrano, San Martín y la Independencia. El nudo de un mito fundacional

Los trabajos históricos dedicados al rol jugado por José de San Martín en la independencia argentina llenarían, literalmente, una pequeña biblioteca. Desde los estudios escritos por los propios protagonistas, hasta las furiosas polémicas entre liberales y revisionistas, pasando por una voluminosa bibliografía de especialistas promovida por el Instituto Nacional Sanmartiniano, lo actuado por el general de los Andes constituye uno de los temas fundantes de la historiografía argentina tradicional. En esos textos se discute con ardor el mérito relativo de cada actor de la época, las ideas políticas y las orientaciones internacionales que privilegiaban, el papel de la Logia Lautaro y otros “misterios” del período, como la filiación del plan de

los Andes o lo acaecido en la entrevista de Guayaquil. Sin embargo, con contadas excepciones, detrás de las diferentes tomas de posición subsiste un andamiaje común, una clave interpretativa general que no es puesta en cuestión. Esta clave tiene su origen, de manera previsible, en la obra de Bartolomé Mitre.

Mitre es visto, con razón, como el artífice principal de los mitos fundadores adoptados por la historiografía liberal argentina e inculcados en las aulas durante décadas. Su lectura de la independencia está articulada en dos grandes libros complementarios que significan la entronización de dos hombres en el panteón de los padres fundadores del país: la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, de 1857, y la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, de 1887. Desde su ya lejana publicación, estos libros fueron sometidos al ataque sistemático de revisionistas de izquierda y de derecha, pero ni la crítica historiográfica ni el paso del tiempo parecen haber desterrado del imaginario colectivo lo que constituye la hipótesis básica, el nudo central de la visión mitrista de la independencia rioplatense.

Esta visión podría resumirse de la siguiente forma: en un contexto marcado por el caos revolucionario y las rencillas personales, que parecían destinadas a enterrar la causa de Mayo, la providencial declaración de Independencia, el 9 de julio de 1816, tuvo su origen en la alianza perfecta de dos grandes próceres

que supieron anteponer el bien público a toda ambición personal. Manuel Belgrano y José de San Martín: personalidades opuestas, carreras divergentes, pero una pasión común por la independencia de su patria. Uno desde Cuyo, el otro en la misma Tucumán, ambos al frente de los principales ejércitos revolucionarios y con gran influencia sobre los diputados. Según esta lectura, fueron ellos quienes organizaron la reunión del Congreso, quienes apuraron a los tímidos y manipularon a los indecisos. La clave de todo, nos dice Mitre, es su encuentro fraternal de 1814, donde se inicia una amistad que es un honor “para la especie humana”; una absoluta hermandad de ideas y propósitos que los va a colocar por encima de las pasiones facciosas que dominan y dividen a los demás mortales de la época:

Es un espectáculo digno de la atención de la posteridad el momento en que dos hombres eminentes se encuentran en la historia á la sombra de una misma bandera; y si ambos llegan á comprenderse y estimarse, haciéndose recíproca justicia, entonces la escena es tan interesante como moral. Tal sucedió con San Martín y Belgrano, los dos hombres verdaderamente grandes de la revolución argentina, y que merecen el título de fundadores de la Independencia de su patria¹.

1 Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Félix Lajouane, vol. 2, 1887, pp.

Es ese acuerdo, a la vez político y personal, lo que lo define luego para la historia. De él va a nacer el Belgrano “abnegado”, quien contra todos los parámetros profesionales de la época acepta un rol pasivo y oscuro, vegetando con un ejército poco menos que muerto de hambre en Tucumán, mientras San Martín se cubre de gloria en el Pacífico. De él va a nacer también el San Martín “sacrificado”, que sacrifica primero su salud y luego los honores en un largo camino que lo prepara para el “sacrificio supremo” en Guayaquil.

El éxito de esta versión mitrista de la historia es fácilmente comprensible. En un país devorado por las luchas facciosas –la descripción se aplica tanto al Río de la Plata de la independencia como a la Argentina de Mitre–, la idea de dos próceres caracterizados por la falta de ambición personal resultaba muy atrayente. Más aún, la imagen de un acuerdo total entre los que habían sido los hombres más poderosos de su tiempo, era particularmente edificante para una sociedad que estaba saliendo de décadas de guerra civil entre rosistas y antirrosistas.

Pero lo “edificante” no es necesariamente lo verdadero, y lo “atrayente” puede no ser la manera más ajustada de describir lo que ocurrió. Por eso, en este

277-282. Mitre descarta los testimonios de contemporáneos que auntaban a una rivalidad entre los dos generales, como la memoria de José María Paz y las de William Miller.

ensayo nos proponemos algo muy simple: estudiar a José de San Martín y a Manuel Belgrano, no como a próceres, no como a padres de la patria, sino como a sujetos corrientes de historia política, del mismo modo y con la misma vara con que se estudia a todos los demás actores de la época. Es decir: como hombres políticos lanzados en la carrera de la revolución, con ambiciones y una agenda propia, a la vez que actúan como representantes de grupos de intereses particulares; que rivalizan con otros grupos que se les oponen, no porque éstos sean “malos” ni “buenos”, sino porque representan a otros intereses; que toman por ende posiciones negociadas, muchas veces contradictorias, y que en su camino al poder sufren reveses, se ven forzados a improvisar y a veces incluso a claudicar.

Aplicada a la coyuntura de 1816, esta lectura “desencantada” de la política nos va a permitir ver que, una vez declarada la independencia, el acuerdo entre Belgrano y San Martín concluía de hecho, puesto que tenían visiones opuestas acerca de cómo proseguir la guerra, en función de los distintos intereses que representaban. Fueron así, “rivales”, sin que esta disputa política implicase el cese de la amistad personal, a todas luces genuina según la correspondencia que se conserva. En esa lucha por darle un camino estratégico a la revolución, se impuso el bando sanmartiniano, pero los intereses afectados por su victoria continuaron operando en su contra, aunque ya sin la participación de Belgrano. Cuando el capital político

de José de San Martín y los suyos se agotó, debido a los sucesivos contrastes vividos durante la campaña libertadora, los grupos cuyos intereses habían sido damnificados por el plan continental se cobraron revancha, imponiéndole un amargo ostracismo que de otro modo resulta muy difícil de explicar.

A ciertas personas podrá parecerles que esta forma de estudiar a los grandes actores de la independencia es irrespetuosa o denigrante. Nosotros creemos, por el contrario, que al estudiarlos como actores políticos corrientes se los humaniza, que al consignar sus errores y derrotas se engrandece su mérito y se elogia su constancia, y que al complejizar la comprensión que tenemos de su accionar, hacemos de su memoria algo más útil y significativo para la sociedad actual.

Dos caminos. El plan sanmartiniano frente a la estrategia altoperauna

En un contexto como el de la Revolución rioplatense, definir una estrategia militar no era tan sólo una cuestión de planes para derrotar al enemigo. Implicaba sellar ciertas alianzas con elites locales y extranjeras, privilegiar determinadas vías comerciales, canalizar recursos, imponer levas en unos territorios, hacer de otros el teatro de la guerra. Es decir, la estrategia militar afectaba de múltiples maneras la orientación política general de la Revolución, y no se podía cambiar la una sin la otra.

En este sentido, la vía del Alto Perú se había impuesto como camino militar desde los inicios de la causa revolucionaria. La expedición a los pueblos interiores, decidida el mismo 25 de mayo, había gravitado hacia el norte en persecución de los contrarrevolucionarios y para resguardar las minas potosinas. El rival nato de los revolucionarios era el virrey de Lima y la frontera con sus dominios estaba trazada sobre el Río Desaguadero, como lo sigue estando entre el Perú y la Bolivia de hoy. Hacia allí marcharon las tropas en 1810, sin que hiciese falta ninguna discusión.

Cuando esa primera expedición se saldó con un revés, todos los refuerzos disponibles marcharon hacia el Alto Perú como por inercia, y desde entonces la suerte de la Revolución se jugó en las marchas y contramarchas de los ejércitos por el camino del altiplano. Al desastre de Huaqui (junio 1811) siguieron los de Ayo-huma (noviembre 1813) y Sipe-Sipe (noviembre 1815). Tras este último, la opinión pública ya estaba madura para empezar a considerar rutas diferentes y el “Plan Continental” sanmartiniano empezó a ganar posiciones.

La nueva idea, en términos estratégicos, era bastante sencilla. Tras años de contrastes, el camino altoperuano se había vuelto previsible y el Ejército Auxiliar del Perú estaba irremediablemente desmoralizado. Había que abandonar el Alto Perú como frente principal, si no se quería seguir cosechando los mismos resultados que hasta entonces. La vía alternativa

era aquella que no se había ensayado nunca: cruzar los Andes hacia el centro de Chile, instaurar allí un gobierno amigo, embarcarse por el Pacífico y atacar Lima de manera directa.

¿Quién estaba detrás de este plan? Cuando hablamos de “partido sanmartiniano” nos referimos a una red de notables que tenía como objetivo primario la implementación de la estrategia continental en pos de la independencia americana. Este grupo constaba de tres componentes principales. Por un lado, el círculo de influencia que José de San Martín había conformado a partir de sus cargos como teniente gobernador de Cuyo y como general en jefe del Ejército de los Andes, es decir, los oficiales de su ejército, las autoridades provinciales nombradas por él, una parte de las elites cuyanas y los diputados enviados por Cuyo al Congreso. En segunda instancia, militaban en el grupo sanmartiniano los emigrados chilenos reunidos en torno a la facción de Bernardo O’Higgins, la mayoría de los cuales habían sido trasladados a Buenos Aires. Por último, jugaba un papel fundamental la agrupación secreta conocida como Logia Lautaro. Esta entidad política, que funcionaba en Buenos Aires desde 1812, había entrado en crisis con el ascenso de Carlos María de Alvear al Directorio Supremo, pero tras su caída San Martín se ocupó de refundarla con sedes en Buenos Aires y Mendoza. Algunos de los miembros de esta organización, como Juan Martín de Pueyrredón,

Antonio González Balcarce y Tomás Guido, jugaron un rol decisivo en la adopción oficial del plan.

Mientras que para los sanmartinianos –y para muchos de los historiadores que han defendido sus puntos de vista–, después de Sipe-Sipe la vía del Pacífico era la única opción real, uno de los puntos principales de este ensayo consiste en afirmar que, por el contrario, a mediados de 1816 existían aún partidarios poderosos de la idea de seguir avanzando por el Alto Perú. La adopción final del plan continental fue, por lo tanto, el resultado de una disputa política entre ambos grupos, y no el fruto de un consenso espontáneo entre todos los actores. Para entender quiénes y cómo defendían la vía altoperuana, sin embargo, debemos primero comprender en qué consistía la estrategia militar que se venía desplegando en ese frente. Esto no es sencillo dado que, a diferencia del muy estudiado plan continental, la estrategia del Alto Perú nunca fue considerada seriamente por nuestra historiografía. La cuestión, pese a todo, no es banal. ¿Cómo es que, concretamente, los generales que sostenían la vía altoperuana pensaban ganar la guerra? ¿Realmente querían marchar por tierra desde Buenos Aires hasta Lima, como los han ridiculizado algunos sanmartinianos?

Consideremos, ante todo, las instrucciones que los sucesivos gobiernos libraron a los generales que

operaron en aquél frente. En todos los casos, la estrategia se circunscribía a avanzar hasta el Desaguadero para defender la integridad territorial del antiguo virreinato². Sin embargo, ni Juan José Castelli primero, ni Manuel Belgrano después, parecieron muy conformes con estas instrucciones. En su correspondencia con el gobierno se manifestaba siempre la voluntad de mantenerse activos más allá del Desaguadero y de avanzar, eventualmente, sobre Lima. ¿Cómo pensaban lograrlo?

La clave se halla en el hecho de que ninguno de estos dos comandantes fuese militar de carrera. Eran ambos políticos revolucionarios y es en tanto tales que definieron su estrategia. Su idea era hacer la guerra, pero no mediante una campaña de conquista militar en regla sino bajo la forma de la guerra revolucionaria: había que levantar en armas al sur del Perú, introducir agentes, movilizar a su población indígena y hacer que se amotinen las filas realistas. Cuzco, Arequipa y Puno podían ser ganados de esta forma para la causa revolucionaria. Así se aislaría a Lima, se reactivaría el comercio alto peruano y se podría hacer avanzar al ejército. No como conquistador, ni siquiera como libertador; sino sólo en tanto auxiliar de los propios peruanos; como un apoyo puntual que les permitiese desembarazarse

² “El Gobierno a José Catelli, 28 de abril 1811”, en Saleño, N. M. (dir.), *Biblioteca de Mayo, Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, vol. 14, p. 13027.

de Abascal del mismo modo en que los rioplatenses lo habían hecho con Cisneros. En definitiva, es este programa el que se expresó siempre en el nombre de ese ejército: “Auxiliar del Perú”.

Todas las iniciativas “polémicas” o “cuestionables” de estos dos jefes patriotas se explican perfectamente desde el momento en que comprendemos que su objetivo principal era revolucionar a los indígenas del sur del Perú, como requisito previo para cualquier ofensiva militar sobre Lima. El denostado armisticio de Castelli con Goyeneche, por ejemplo, buscaba dar tiempo a que las numerosas proclamas escritas en quechua y aimara, e introducidas en suelo peruano, surtieran efecto. El acto del 25 de mayo en Tiahuanaco, donde se anulaba el tributo indígena y se anunciaba el retorno del Inca, apuntaba a fomentar el surgimiento de brotes revolucionarios en la región del Cuzco. Del mismo modo, cuando Manuel Belgrano liberó al ejército enemigo prisionero en Salta, no lo hizo porque creyese en su juramento de no volver a tomar las armas, sino porque calculaba que muchos de ellos volverían al Perú ganados por los principios revolucionarios.

Las batallas perdidas por el ejército bajo el mando de Castelli y Belgrano no invalidan necesariamente la factibilidad de esta estrategia revolucionaria. Durante años, los indígenas del sur peruano siguieron esperando la llegada libertadora del “Inca Castel”. Los ecos de Tiahuanaco resonaron con fuerza

en la revuelta indígena de Huánuco en 1812, en la de Tacna en 1813 y en la muy importante revolución de Cuzco en 1814. Entre los principales conspiradores que hicieron posible esta última se encontraban, por otro lado, dos de los “juramentados” de Salta: Saturnino Castro, encargado de amotinar al ejército realista en contra de Pezuela, y Juan Manuel Pinelo y Torre, comandante de las fuerzas cuzqueñas, a la cabeza de las cuales tomó Puno, el Desaguadero y La Paz.

Lamentablemente, cuando se presentaba estaba oportunidad extraordinaria, el gobierno rioplatense tenía todos sus recursos concentrados en el sitio de Montevideo, y luego se perdieron preciosos meses en las estériles disputas entre los generales Alvear y Rondeau. Cuando el Ejército Auxiliar penetró finalmente en el Alto Perú, los cuzqueños ya habían sido sometidos y la campaña se saldó con el desastre de Sipe-Sipe. Los frutos sembrados por Castelli y Belgrano se habían podrido en el árbol sin que nadie los cosechara.

La cuarta expedición que no fue

Según los sanmartinianos, la debacle de Sipe-Sipe exponía la inviabilidad general de la estrategia altoperuana, pero otra lectura de los acontecimientos era posible. Según ésta, el impresionante levantamiento del Cuzco demostraba, por el contrario, que los revolucionarios no habían estado predicando en

el desierto, y que existía una verdadera potencialidad indígena que se podía explotar militarmente. Sólo había que volver a atizar las brasas y asegurarse de que, esta vez, el ejército estuviese preparado para marchar en auxilio de los peruanos. ¿Quién iba a defender esta lectura de los hechos? El mismo que había defendido la estrategia revolucionaria desde un principio: el general Manuel Belgrano. Es por eso que este ensayo afirma, contra la visión comúnmente aceptada, que durante el año de 1816 Belgrano hizo todo lo posible para que una cuarta expedición al Perú tuviese lugar.

¿Qué indicios apuntan en esta dirección? Con Pueyrredón electo Director Supremo el 3 de mayo, la adopción de la estrategia sanmartiniana debería haber sido un hecho consumado, pero ciertas idas y vueltas indican que la relación de fuerzas no era aún completamente favorable a la Logia Lautaro. El mismo día de su asunción, Pueyrredón decidió partir, no hacia el sur para encontrarse con San Martín, sino hacia Jujuy para arreglar la defensa del territorio con Rondeau y Martín Miguel de Güemes. Más extraño aún, envió una orden a Buenos Aires para que los batallones de línea disponibles marchasen, no hacia Cuyo, sino hacia Tucumán. Estas medidas eran, en definitiva, comprensibles. Un Congreso situado tan al norte no podía sino ser sensible a la situación dramática que vivían las provincias ocupadas, y al peligro inminente que se cernía sobre Salta, Jujuy y la misma Tucumán. Los diputados de la región, incluso con sus

divergencias internas, podían conformar un bloque numeroso y, siendo los anfitriones del Congreso, estaban en condiciones de hacer pesar su posición.

Ante estas medidas anticlimáticas de un hombre que consideraban suyo, los demás miembros del partido sanmartiniano reaccionaron con alarma. En ese tiempo, Antonio González Balcarce se desempeñaba como Director Supremo delegado en Buenos Aires. Al recibir la orden del 3 de mayo emitió una respuesta que, bajo formulas respetuosas, bordeaba el desacato. En vez de cumplir inmediatamente lo ordenado, se permitía advertir al Director Supremo que si se enviaban esas tropas hacia el norte, la mayor parte desertaría. Más grave aún, opinaba que más que insistir en la estrategia altoperuana, convenía mandarlas a Cuyo para que sirviesen con provecho en la reconquista de Chile³.

Para dar más fuerza a sus argumentos, Balcarce le adjuntaba a Pueyrredón una memoria escrita por el más conspicuo colaborador de San Martín en Buenos Aires, el oficial mayor de la Secretaría de Guerra, Tomás Guido⁴. Dicha memoria, que argumentaba de manera clara y concisa la conveniencia de abandonar el camino del Alto Perú, era la pieza clave de la operación

3 Citado en Gerónimo Espejo, *El paso de los Andes*, Buenos Aires, La Facultad, 1916, p. 394.

4 Tomás Guido, *Tomás Guido, San Martín la gran epopeya*, Buenos Aires, W.M. Jackson eds., 1953, pp. 1-29.

de propaganda que la logia Lautaro estaba desplegando para hacer aprobar su plan militar. En este sentido, la necesidad de dirigir los esfuerzos militares hacia Chile se venía discutiendo abiertamente en Buenos Aires desde fines de 1815, y algunos artículos en la prensa periódica habían dado publicidad al debate⁵, pero la Memoria de Guido constituía la primera vez en que un plan militar oficial se sometía al escrutinio público. Su efecto fue el esperado: en Tucumán circuló de mano en mano entre los diputados y jugó un rol no menor en ganar el apoyo de muchos de ellos⁶.

El efecto de la “resistencia” de Balcarce y de la Memoria de Guido parece haber sido más poderoso aún sobre el Director Supremo. Si el 3 de junio Pueyrredón promete a la tropa reunida en Jujuy que “el ejército del Perú ocupa toda mi atención, yo lo reformaré a un término invencible: cuerpos numerosos deben estar ya en marcha para auxiliaros”⁷, el 24 de junio, después de leer la Memoria de Guido, le escribía a Balcarce adecuándose en todo a su parecer,

5 *El Censor* del 30 de noviembre 1815, o *La Prensa Argentina* del 12 de diciembre, en Saleño, N.M. (dir.), op. cit., vol. 7, pp. 5989-92, vol. 8, pp. 6589-91.

6 “Darregueira Aguido, Tucumán, 27 de junio de 1816”, en Luis Güemes (compil.), *Güemes documentado*, vol. 3, Buenos Aires, Plus Ultra, 1981, p. 372.

7 Museo Mitre, *Documentos del Archivo Belgrano*, Buenos Aires, vol. 6, p. 39.

anulando la orden para el envío de la tropa al norte y dando inicio a los preparativos para la campaña continental. Desde ese momento el Director sería un activo promotor de la expedición a Chile y destinaría hasta el último centavo del erario al Ejército de los Andes. El Auxiliar del Perú, en cambio, no lo vería llenar sus promesas y sería reducido a la miseria.

Pese a todo, la partida aún no estaba definitivamente perdida, porque venía en auxilio de los alto-peruanistas su más grande defensor. Manuel Belgrano había vuelto de su misión diplomática en Europa a principios de 1816, y a fines de junio estaba llegando a Tucumán, donde su influencia se hizo sentir con fuerza. No sólo asumió el mando del Ejército Auxiliar del Perú, sino que se hizo nombrar Capitán General, con jurisdicción sobre la provincia pero también “hasta donde lleguen las armas de la Patria”, con lo que su poder podía extenderse hasta el Alto Perú si el ejército avanzaba⁸. El trasfondo de su plan quedó claro cuando fue convocado, el 6 de julio, a exponer sus puntos de vista en una trascendental reunión secreta con los miembros del Congreso.

Belgrano sentó su posición: la situación política en Europa había cambiado radicalmente y, tras declarar la independencia, el Río de la Plata tendría que

⁸ Museo Mitre, *El Redactor del Congreso Nacional*, Buenos Aires, 1916, p. 90.

adaptarse a las nuevas tendencias adoptando la forma monárquica moderada. Este punto, hoy mal conocido del público general, no debió haber escandalizado sobremanera a los diputados, que ya venían discutiendo opciones similares. Pero seguramente habrá causado conmoción la propuesta, por parte de Belgrano, de que a la cabeza de esa monarquía se sentase un Inca, y que su capital residiese, no en Buenos Aires ni en Tucumán, sino nada menos que en Cuzco.

Las actas de las sesiones secretas del Congreso no dicen demasiado sobre la forma en que Belgrano justificó su excéntrico plan. La idea de restaurar la monarquía incaica presentaba todo tipo de inconvenientes prácticos, por no hablar de la revolución político-administrativa que implicaba la traslación de la capital al Cuzco. Los historiadores han sido siempre lapidarios con el proyecto: en términos políticos, no era más que un delirio. ¿Pero cuál sería la lectura si asumimos que la finalidad última del plan de Belgrano no fue nunca política, sino militar? Más específicamente: que la idea de anunciar la instalación de una monarquía incaica constituye, simplemente, un nuevo intento de reavivar el fuego revolucionario en el Cuzco como condición previa para el avance del Ejército Auxiliar del Perú, de la misma manera en que Castelli había organizado el acto en Tiahuanaco, o que el mismo Belgrano había liberado al ejército de Tristán. Es decir, que se trata de una medida inscrita en una lógica de guerra revolucionaria que ya tenía seis años

de trayectoria en ese frente, y que no se puede comprender por fuera de esa lógica.

El diputado Gorriti expresaba los argumentos de Belgrano cuando afirmaba que, declarando el retorno del Inca:

El Perú se levantará en masa contra los tiranos; el ejército de Pezuela se volverá humo; el Cuzco, Lima, Arequipa que son otros tantos teatros, donde aún humea la sangre de aquellos y sus brotes son aún sarmientos vivos ¿qué esfuerzos no harán en esto para restablecerlo?⁹

Belgrano contaba entonces con que la noticia de la entronización de un Inca generaría las condiciones revolucionarias necesarias para todo avance exitoso por el Alto Perú. El otro prerrequisito indispensable, si no se quería desaprovechar la ocasión como en 1814, era tener un ejército en estado de tomar la ofensiva. Es por eso que, desde su toma del mando, dedicó cada segundo a remontar el Ejército Auxiliar del Perú, a disciplinarlo y ponerlo en el mejor pie posible. Esta era una tarea ímproba cuando el nuevo Director Supremo privilegiaba en todo al Ejército de los Andes. Belgrano intentó, sin éxito, que no le quitasen al escuadrón de Granaderos a Caballo que reclamaba San Martín desde

⁹ "Gorriti a Quiroz, 26 de julio 1816", en Luis Güemes, *op. cit.*, p. 481.

Mendoza. Intentó, sin éxito, retener a los oficiales que entendían que las mejores perspectivas de ascenso se abrían por el camino de los Andes¹⁰. Finalmente, sin poder contar con el apoyo del Director, Belgrano acudió al Congreso para que le librara los fondos necesarios para aumentar su tropa¹¹, y no es difícil suponer que estuviera también detrás del “Plan de distribución o prorata de reclutas a las provincias y pueblos”, votado por el Congreso pero nunca ejecutado por el Gobierno, que implicaba llevar el Ejército Auxiliar del Perú a su completo de 6.000 hombres.

Lamentablemente para los altoperuanistas, si las pujas fueron fuertes en cuanto a la asignación de recursos militares, lo serían aún más en cuanto al régimen político que se debía adoptar. Tras la sesión secreta del 6 de julio, el 9 se declaró la independencia y, por un instante, la suerte pareció sonreír al grupo de Belgrano. En la sesión del 12 de julio, en efecto, cuando se comenzó a discutir la forma de gobierno para la nueva nación independiente, el salteño Acevedo presentó el proyecto de monarquía temperada Inca, que no encontró mayores resistencias. El contragolpe, sin embargo, llegó a la sesión siguiente.

10 Tomás de Iriarte, *Memorias*, vol. 1, Buenos Aires, Ed. Argentinas, 1946, p. 123.

11 Museo Mitre, *El Redactor del Congreso Nacional*, p. 82.

El día 15, cuando se retomó la discusión sobre la forma de gobierno, pidió la palabra el diputado Justo Santa María de Oro quien, tras acusar a los demás representantes de querer imponer una monarquía incaica, les advirtió que una decisión de ese tipo no se podía adoptar sin consultar previamente a los pueblos. Se entiende que consultar a cada pueblo, en el estado político en que se encontraban las provincias, significaba enterrar el proyecto. Para reforzar su posición, Oro agregó que si no se atendía a su propuesta presentaría la renuncia al Congreso. ¿Quién era este hombre que había descarrilado tan hábilmente los planes de Belgrano? No era otro que el diputado por San Juan, elegido bajo la órbita del gobernador de Cuyo, y que obedecía a las directivas que le hacía llegar San Martín por el intermedio del diputado Godoy Cruz.

Los partidarios del proyecto incaico intentaron retomarlo desde la sesión del 19 de julio, pero el impulso ya se había roto y las discusiones habrían de empantanarse. Desesperado por esta situación, Manuel Belgrano tomó una medida temeraria, destinada a presionar a los diputados y forzar una decisión. El 27 de julio, cuando la tropa presente en Tucumán debía jurar la independencia, les dirigió una proclama en la que anunciaba abiertamente que el Congreso estaba discutiendo el proyecto de establecer una monarquía Inca con capital en Cuzco, dándolo prácticamente por aprobado. Más grave aún, a la semana siguiente hacía circular una proclama “a los pueblos del Perú”, en la que les anunciaba

como un hecho consumado que “ya nuestros padres del Congreso han resuelto revivir y reivindicar la sangre de nuestros Incas para que nos gobiernen”¹². Que un general en jefe anunciase de ese modo una materia tan sensible, mintiendo respecto a la aprobación del Congreso, rayaba en la insubordinación.

Las proclamas de Belgrano fueron severamente criticadas por el Director Supremo y por la prensa porteña. El plan incaico quedó definitivamente bloqueado. En simultáneo, desde la sesión secreta del 5 de agosto, se empezaría a discutir la necesidad de trasladar el Congreso a Buenos Aires. Esta traslación facilitaba la gestión de recursos para el Ejército de los Andes y ayudaba a agilizar la negociación con el Brasil, pero en lo inmediato lo que hacía era quitarle a Belgrano buena parte de su capacidad de presión. Señalaba, sobre todo, la muerte del plan ofensivo por el Alto Perú. La prioridad del gobierno nacional ya no estaba constituida por el frente norte, que sería dejado bajo la custodia de Güemes.

Todo esto estaba estipulado en la prolija Memoria de Guido: mientras los escasos recursos disponibles se concentraban en la reconquista de Chile, en el noroeste se pasaría a una estricta estrategia defensiva, ejecutada por los escuadrones gauchos salteños con un minúsculo Ejército Auxiliar del Perú a modo de

12 Citado en Bartolomé Mitre, *op. cit.*, p.429.

reserva en Tucumán. Si Belgrano aceptaba este triste rol a regañadientes, es entendible que el gobernador de Salta lo abrazase con entusiasmo, puesto que le deparaba la dosis de autonomía provincial y de liderazgo regional que venía reclamando, con argumentos atendibles, desde los primeros pasos de la revolución.

Ahora bien, esta autonomía bienvenida no hacía que la perspectiva de los pueblos situados al norte de Tucumán fuese menos inquietante. Dejados fuera del radio de protección del ejército de línea, Salta, Jujuy, Tarija y el Alto Perú quedaban condenados a hacer una guerra de autodefensa en su propio territorio, con sus propios hombres y sus propios recursos¹³. Las historiografías regionales gustan de volver, con justicia, a los rasgos de heroísmo desplegados por esos pueblos en una lucha tan desigual, pero el sacrificio en términos humanos y económicos fue enorme. Si los representantes de esas provincias terminaron aceptando un peso semejante es, entre otros motivos, porque según los sanmartinianos su situación no se prolongaría más allá de unos meses.

En efecto, el plan continental original implicaba que, tras la toma de Santiago de Chile, las tropas se embarcarían de inmediato hacia la costa peruana,

13 Sara Emilia Mata, *Los gauchos de Güemes. Guerra de independencia y conflicto social*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

forzando al ejército realista a abandonar el Alto Perú y a replegarse sobre su capital. Más precisamente, en su correspondencia con el gobierno, San Martín calculaba que si el cruce de los Andes se efectuaba durante el verano de 1817, como se hizo, su ejército estaría en condiciones de desembarcar en Arequipa durante el invierno de ese mismo año¹⁴. De este modo, al aceptar la adopción del plan sanmartiniano, los diputados norteños y altoperuanos, los comerciantes que trabajaban esas rutas o los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú no estaban considerando un martirio de años. Estaban confiando en que su situación de abandono duraría hasta mediados de 1817, seguida por una pronta liberación. Conviene ahora seguir el desarrollo de la campaña continental para ver hasta qué punto estas esperanzas fueron defraudadas.

La huida hacia adelante. El verdadero desarrollo de la campaña continental

Es curioso. Cualquier alumno de escuela primaria identifica en seguida lo que pasó en Chacabuco o Maipú. Pero que se pregunte, incluso a un estudiante universitario de historia, lo que refieren nombres como Cancha Rayada, Torata o Moquegua, y la única respuesta va a ser una mirada perpleja. ¿Acaso las victorias son históricamente más consecuentes que las derrotas?

14 Gerónimo Espejo, *op. cit.*, p. 380.

¿Se puede comprender un proceso histórico a partir de tan sólo los éxitos, sin pararse a medir el alcance de los fracasos? La visión de la independencia construida por la historiografía mitrista es desembozadamente triunfalista. Es hora de que adoptemos una mirada más matizada y completa del curso de los acontecimientos, si no queremos dejar de comprender las causas del colapso del gobierno central en 1820 y de la caída en desgracia del grupo sanmartiniano.

El cruce de los Andes se realizó exactamente como lo había planeado San Martín. La batalla de Chacabuco se saldó con una victoria admirable. En menos de una semana, un nuevo gobierno revolucionario se instalaba en Santiago. ¿Por qué no se embarcó la tropa para atacar el Perú y liberar de inmediato a los altoperuanos? Porque en Chacabuco se había batido sólo una parte del ejército realista. El resto se reagrupó en el sur de Chile, recibió refuerzos y se dispuso a resistir. San Martín tuvo que marchar en su búsqueda con todo el Ejército de los Andes y con las nuevas tropas chilenas. Contaba con una superioridad militar aplastante, doblando el número de sus adversarios, pero durante la noche del 18 de marzo de 1818, en las inmediaciones de Talca, las fuerzas patriotas se dejaron sorprender en su propio campamento. El desorden fue mayúsculo. Se dispersaron regimientos enteros, jefes y oficiales debieron huir por caminos extraviados. La realidad es que buena parte del Ejército de los Andes, construido a costa de tantos sacrificios, se perdió en esa fatídica noche.

Cancha Rayada pudo haber significado el final de la campaña continental, si una división del ejército no se hubiera salvado providencialmente de la catástrofe, retirándose bajo el mando de Las Heras. Sobre esta base se improvisó el ejército que se batió y triunfó en Maipú (abril de 1818). Esta victoria salvó ciertamente al régimen patriota transandino y le aseguró el dominio del Valle Central, pero sus efectos fueron mucho menos decisivos de lo que los propagandistas de la época quisieron hacer ver. Desde entonces, y hasta nada menos que 1826, los realistas contaron con un bastión formidable en el difícil sur chileno, donde ejércitos patriotas completos tuvieron que ser enterrados.

Se entiende entonces que, para 1818, el plan continental original, el de la Memoria de Guido, ya había descarrilado. Todo efecto sorpresa se había perdido, las mejores unidades de los Andes habían sido diezmadas y el gobierno chileno, que debía financiar la expedición al Perú, estaba obligado a destinar cuantiosos recursos al sur de su propio territorio. Pezuela, y después La Serna, con las manos libres por el frente peruano, se dedicaron a exterminar a las guerrillas atopuquinas y a lanzar nada menos que seis invasiones sobre el norte rioplatense. Los gauchos de Güemes, contra toda probabilidad, los rechazaron siempre, aunque al costo de pérdidas enormes y de una situación general cada vez más desesperada.

Al año siguiente, con el fin de reflotar la campaña del Perú, San Martín repasó los Andes con buena parte del ejército y lo acantonó en las provincias cuyanas para su remonta. En particular, se destinaron los mayores esfuerzos a la formación, en San Juan, de lo que debía constituir la columna vertebral del Ejército Libertador del Perú: el batallón número 1 de Cazadores de los Andes. Este batallón atípico no era una unidad más, sino que constituía una fuerza de élite polivalente, especialmente diseñada por San Martín para operar de manera autónoma en suelo peruano, con un efectivo de 1.300 hombres de las tres armas.

El problema es que corría el año de 1819 y la crisis política que sumergía al Directorio, arrastrado por su confrontación con los federales del Litoral, era cada vez más profunda. Habiendo invertido todos sus recursos en la campaña de Chile, las escasas fuerzas de Buenos Aires habían sufrido una sucesión de derrotas frente a las milicias entrerrianas y santafecinas, con lo que el gobierno central se vio forzado a convocar en su ayuda a los dos ejércitos de línea que le restaban: el de los Andes en Cuyo y el Auxiliar del Perú en Tucumán. Manuel Belgrano, harto de su rol pasivo a la retaguardia de Güemes, aceptó prontamente su nueva misión de guardián interno de la autoridad del Gobierno. San Martín, en cambio, desobedeció las sucesivas órdenes del Director Rondeau y, en vez de marchar en su auxilio, inició los preparativos para volver a Chile y lanzar la muy demorada expedición al Perú.

La historiografía liberal, de Mitre en adelante, ha tratado con gran lenidad la “desobediencia” de San Martín, justificándola como una manera de no mancharse las manos en la guerra civil. Sin embargo, que un general en jefe volviese la espalda al Estado que lo había nombrado constituía un gesto de enorme gravedad institucional, por no hablar del tembladeral político que generaba. San Martín estaba sentando un precedente, según el cual los jefes militares podían adecuarse o no a las políticas de sus superiores. Muy pronto ese precedente lo habría de afectar también a él.

En efecto, Rondeau recibió la negativa de San Martín el 7 de diciembre. El 8 de enero un grupo de oficiales se amotinó en la posta de Arequito y se llevó el Ejército del Norte a Córdoba. A la madrugada siguiente, en San Juan, el Batallón 1 de Cazadores de los Andes tomó la ciudad, depuso a sus oficiales y negó obediencia a su general, dando inicio a un raid de saqueos y combates por las provincias vecinas hasta disolverse en la guerra civil.

De esta coyuntura de inicios de 1820 se recuerda sólo la caída del Directorio, que abandonado por sus ejércitos fue derrotado en Cepeda y luego depuesto junto al Congreso. Pero el impacto sobre el grupo sanmartiniano no fue menor. La pérdida de los Cazadores de los Andes significaba un golpe muy duro para la capacidad de operar militarmente sobre el Perú. Sin esta unidad, San Martín ya no contaba ni con la fuerza

ni con la capacidad táctica de hacer una conquista en regla del territorio peruano. El problema es que el general tampoco podía permanecer en el Río de la Plata tras desobedecer al poder central. En este escenario adverso, San Martín ejecuta una verdadera “huida hacia adelante”: con su crédito político muy menguado, y con sus fuerzas militares diezmadas, decide jugarse el todo por el todo en una campaña de éxito más que dudoso, atacando con apenas 4.200 hombres a un virreinato protegido por más de 20.000.

Pese a todo, los primeros movimientos de la Campaña del Perú son brillantes. Tomando la iniciativa y apostando a su mayor movilidad, San Martín enloquece a los realistas con desembarcos sucesivos que lo terminan posicionando al norte de Lima, mientras que una división del ejército se interna por la Sierra e insurrecciona medio país. Emprendida con tan magros recursos, es notable que la campaña se saldase con la caída de Lima en julio de 1821, y es comprensible que ese suceso fuese vivido como un triunfo trascendental. La capital peruana, después de todo, había obsesionado a los estrategas rioplatenses desde 1810. Siempre la habían visto como el objetivo último de la contienda, el jaque mate que concluía de una vez la partida. San Martín se lanzó sobre ella con sus últimas fuerzas y, durante un breve instante, se permitió pensar que el fin de la guerra estaba al alcance de la mano.

Pero Lima no era el fin de la guerra, sino una trampa mortal. Los jefes realistas la cedieron alegremente, prefiriendo el clima sano y los abundantes recursos de la Sierra, mientras que el ejército liberador era consumido por las epidemias y las intrigas políticas. La estrategia que tan bien había servido a San Martín hasta entonces se volvió en su contra. Incapaz de buscar una batalla decisiva, su presencia en la capital se hacía cada vez más incómoda para una élite poco dispuesta a sostener a un ejército extranjero. El Protectorado, que daba a San Martín facultades extraordinarias por tiempo indeterminado, fue un desastre político que en breves meses le enajenó todo el apoyo local y terminó desencantando hasta a los oficiales que lo acompañaban desde Mendoza. A medida que se filtraban los planes monárquicos del Protector, el descontento no hacía sino crecer.

Es en este contexto desesperado que San Martín continúa su huida hacia adelante, embarcándose hacia Guayaquil para entrevistarse con Bolívar. La historiografía nacional se ha esforzado por hacer de este encuentro un choque de personalidades, pero los factores psicológicos son aquí irrelevantes. Lo importante es que la relación de fuerzas entre ambos actores políticos no podía ser más desigual. Bolívar, cuya estrella política estaba en franco ascenso desde Boyacá, podía disponer de unos 20.000 hombres de línea. Mientras tanto, los esfuerzos de San Martín por crear un ejército peruano no estaban dando los resultados esperados y

su estrategia ofensiva en Puertos Intermedios sólo depararía una amarga sucesión de derrotas (la de Ica, primero, las de Torata y Moquegua unos meses más tarde). En el frente político, por otro lado, su situación era aún más precaria: había bastado con que se ausentara de la capital para que una importante sublevación estallara, haciendo renunciar a su ministro Monteagudo y erosionando por completo las bases de su autoridad.

No habría pues, a decir verdad, ningún “renunciamento”. Al iniciar la campaña libertadora del Perú con recursos insuficientes, el partido sanmartiniano había corrido un riesgo temerario con la esperanza de forzar los acontecimientos y arrancar una improbable victoria final. A fuerza de habilidad estratégica, con muy poco San Martín había logrado mucho. Mucho, pero no tanto como para derrotar a los realistas por su propia cuenta y consolidar la Independencia del Perú. Ahora su crédito político y militar se había agotado, y si no quería mantenerse en el poder a sangre y fuego, no le restaba más camino que el de la retirada para que otro intentase con más suerte (y con mucha más tropa) lo que él no había podido hacer.

En esa retirada, que fue primero a Chile, luego a Mendoza y por último a Buenos Aires, San Martín comprendería una triste novedad. El fracaso último de su campaña militar había significado la ruina de su grupo político, y con la ruina de éste, eran sus antiguos adversarios los que dominaban la situación. Los

intereses porteños, articulados para ese entonces alrededor del grupo rivadaviano, no le perdonaban ni le perdonarían nunca la desobediencia de 1819, que había significado la derrota y la humillación total de la capital. Si no quería ser detenido y juzgado, la retirada se iba a tener que transformar en un exilio definitivo.

Un epílogo

Manuel Belgrano falleció en junio de 1820, sumido en la pobreza, en medio de la indiferencia general. José de San Martín –su amigo siempre, su aliado en la declaración de la independencia, su rival en la orientación estratégica de la Revolución–, que lo sobrevivió por décadas, tuvo que ser testigo de hasta dónde se habían frustrado los más grandes proyectos de los revolucionarios. En 1816 habían declarado con valentía, no la independencia del Río de la Plata, ni muchos menos la de la Argentina, sino la de las “Provincias Unidas en Sudamérica”. Estaban pensando en una patria grande, inmensa, a escala americana, capaz de transformarse en un contrapeso a las potencias europeas y garantizar la independencia real de los pueblos del subcontinente.

San Martín, y bajo su influencia la Logia Lautaro, no había obrado nunca con otro norte. ¿Es esto extraño? En absoluto, vista su biografía. De sus 72 años de vida, San Martín pasó solamente diez en lo que hoy

constituye la Argentina. Cuando él nació en Yapeyú, el Río de la Plata era apenas una entidad administrativa recién creada y sin el más mínimo peso identitario. No fue nunca, así, un general argentino, sino un liberal del mundo atlántico que dedicó su vida a la causa de la libertad hispanoamericana. Es por eso que, al diseñar una estrategia militar, no antepuso en ningún momento los intereses rioplatenses a los chilenos, peruanos o ecuatorianos, ni mucho menos los de la capital porteña a los del interior. ¿Por qué habría de hacerlo, si Buenos Aires era una ciudad que conocía apenas?

Para 1823, cuando San Martín se embarcaba para siempre hacia Europa, de ese proyecto hermoso no parecía quedar nada. La guerra en el Perú continuaba, pero el Río de la Plata se había poco menos que desentendido de ella. El Congreso que declaró la independencia, y el poder ejecutivo central que nació con esta, habían sido disueltos. En su lugar emergían una multitud de gobiernos provinciales frágiles e inestables, que no tardarían en protagonizar décadas de guerra civil. San Martín no tenía cómo insertarse en este nuevo escenario. La nación por la que él había luchado había abortado antes de nacer. Probablemente habría sonreído, de saber que algún día existirían naciones libres llamadas Chile, Perú y Argentina, y que las tres lo recordarían como un padre fundador. Pero eso recién vendría mucho, mucho después.

